

Dimanche 12.11.17 > 11h - 13h

ATELIER Espagnol (Colombie)

avec Anne Proenza

Infidélités



PRIMERA PARTE

*Conque estando en este estado no le quedan a mis penas ni asilo que las socorra,
ni amparo que las defienda.*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. *Los enredos de una casa.*

UNO

–DOÑA Carmelita está llorando –dijo Bibiana con su voz de ángel herido, sosteniendo las piernas de mi madre. Detuve el esfuerzo de levantar el resto del cuerpo apenas un instante; luego flexioné las rodillas y me impulsé hacia la cama matrimonial.

Acomodamos a mi madre en el centro y le entrelacé las manos sobre el pecho. Mis dedos se humedecieron cuando cerré sus ojos.

–Búsquele un vestido limpio, uno blanco. El bordado –añadí temblorosa–. Voy a traer los candelabros. Bibiana encendió la luz del vestidor y desapareció dentro. Yo caminé hasta la sala y sin despegar los labios pedí perdón a la Inmaculada Concepción por apagar los velones ya casi consumidos. No hallé comprensión en los ojos fijos en el resplandor del Espíritu Santo, ni en las manos deformes recogidas hacia el pecho, así que fijé la atención en la parte baja del cuadro, en el detalle de los lirios blancos y las rosas que siempre me ha gustado, en esas construcciones fantasmagóricas sobre las que flotan los pies de los ángeles, pintados con tanto esmero.

Cargué de vuelta con uno de los candelabros de bronce, musitando una oración. Bibiana aseaba el cuerpo de mi madre; sin ropas parecía un animalito indefenso, lleno de arrugas y de manchas.

–¡Cúbrala, por Dios! –grité y desvié la mirada.

–Yo sólo quería lavarla bien –se excusó y entró al baño. La toalla cayó en la bañera con un sonido que retumbó en el fondo de mi alma.

–Vístala y nada más –exigí abrumada, los músculos de la nuca en tensión.

Tomó el vestido del sofá y comenzó a ponérselo. Me sentí incapaz de ayudarla y huí a la cocina. Sostuve un rato el crucifijo en filigrana de plata dorada que compré en Quito, rogando a Dios consuelo y benevolencia, reprimiendo el llanto. Saqué dos velones de un gabinete y les quité el celofán.

Cuando regresé, el blanco le había devuelto a mi madre la apariencia virginal. Pese a la sangre en la colcha, a la desviación dolorosa de la boca, a la suciedad de las plantas de los pies, era otra vez la mujer que todos admiraban y querían, la que puso en cada acto de nuestras vidas un toque de distinción y de belleza. Me acerqué y besé sus labios aún tibios. Por un momento pensé que iba a abrir los ojos: era la primera vez que la besaba en la boca. Entreveré el crucifijo con sus dedos; la argolla matrimonial formaba parte de su índice izquierdo.

Bibiana me observaba muy derecha, su vestido de colores lavados cayendo hasta un poco más abajo de las rodillas. Durante unos momentos su rostro se convirtió en esa máscara que llena de resignación los manuales de historia y los museos. Por fortuna la juventud se impuso a la osamenta indígena y su expresión piadosa contuvo mis ganas de llorar.

–Traiga el otro candelabro. Vamos a velarla.

–Pobre doña Carmelita –dijo. Asentí, consciente de mi culpa: –Vamos a rezar mucho. Vamos a rezar mucho por ella y también por nosotras.